

LA ORACIÓN DE SEMANA SANTA

Por *EMILIA PARDO BAZAN*

(Cuento)

El último sha de Persia, que como todos saben murió a manos de un fanático, tuvo en su historia una página de muy pocos conocida, y yo la ignoraría también a no referirme a una viajera inglesa de esas mujeres intrépidas e infatigables que registran con emoción y curiosidad los más apartados confines del planeta. ¿Cómo se las arregló miss Ada Sharpthorn (que así se llama la inglesita) para obtener la confianza y casi la privanza del sha, y penetrar en la intimi-

dad de su palacio y conocer íntimamente a sus allegados, áulicos, cortesanos y generales es punto de difícil investigación; pero seguramente, al aspirar a este resultado, no se valió miss Ada de ningún medio reprochable, pues compiten en esta valiente exploradora la decencia y pulcritud de las costumbres con la austeridad del criterio moral y la delicadeza de la conducta. Si miss Ada gozó privilegios desconocidos en Persia, debe atribuirse a la tenacidad que sabe des-

plegar la raza anglosajona para conseguir sus propósitos—tenacidad que va haciendo a esa raza dueña del mundo.

Contóme miss Ada el episodio que voy a narrar la tarde del Jueves Santo, mientras recorrimos las calles de Avila visitando Estaciones. En aquellas calles que todavía recuerdan por varios estilos la Edad media española, el nombre de Persia sonaba como el de un país fantástico, de juglaresca leyenda o de romance tradicio-



Unos "nazarenos" sevillanos que van rumbo a una de las iglesias de la ciudad para asistir a la procesión de Viernes Santo.



Grupo de "nazarenos" en el momento de salir de una iglesia de Sevilla para formar en la procesión con que se solemniza el Viernes Santo.

nal; costaba trabajo admitir que existiese. Quizás la misma *irrealidad* de Persia en la pacífica atmósfera de la ciudad teresiana, acrecentó el interés de los extraños recuerdos de viaje que evocaba miss Ada, y que intentaré trasladar al papel sin alterarlos.

“Nasaderino—empezé la inglesa— era un monarca absoluto, a quien sus vasallos llamaban *sombra de Dios*, y que disponía de haciendas y vidas, con dominio incondicional. No sé si ahora se habrá modificado el régimen interior de Persia; entonces—y son épocas bien recientes—no había allí más ley que la omnimoda voluntad de Nasaderino. Para mayor desventura de sus súbditos, el sha no conocía el cristianismo, o por mejor decir no quería conocerlo, ni permitía que se propagase en sus Estados opinión alguna que se apartase del código de Mahoma. Quizás comprendía que Cristo nuestro Señor es el verdadero enemigo de los déspotas, y que la libertad y la dignidad humana tuvieron su cuna en el humilde establo de Belén.

“Esta misma intransigencia del sha con nuestra santa religión me incitó a probar si le atraía al terreno de la controversia, a fin de combatir sus errores. Aprovechando la rara amabilidad con que me acogía, me dediqué a razonar con Nasaderino, y buscando el flaco de su orgullo, comencé por pintarle la gloria y prosperidad de naciones cristianas como Francia y la Gran Bretaña, superiores en las mismas artes de la guerra a las naciones sujetas al fanatismo musulmán. Mis argumentos parecían hacer mella en el monarca; a veces le vi quedarse pensativo, acariciando la negrísima y puntiaguda barba, con los rasgados ojos de pestañas de azabache fijos en el punto imaginario de la meditación. No era un necio; ciertas ideas le movían a reflexionar; ciertos problemas se le imponían a pesar suyo, a través de su oriental

indolencia y su soberbia de dueño de muchos millones de seres humanos.—Despaciosamente, en correcto inglés, solía, transcurrido un rato, contestarme, no sin alguna inflexión de desprecio en su voz grave y timbrada:

—“Jamás me convenceré de que sean heroicos y viriles naciones que se postran ante un Dios humilde, muerto en un suplicio afrentoso. El gran atributo de Dios es *el poder y la fuerza*. La única explicación que encuentro a ese enigma es que vuestras naciones se llaman cristianas sin serlo realmente, y cuando funden cañones y botan al agua barcos blindados, niegan a su Dios con los hechos, aunque le reconozcan con la palabra. Y porque lo niegan han logrado el predominio que ejercen. Si se atuviesen a la letra de su fe, como nos atenemos nosotros a la nuestra, nosotros les pondríamos la planta del pie sobre la garganta.

“Al hablarme así Nasaderino, dejábase confusa. Perteneczo a las *Ligas* del desarme y de la paz universal, y confío más en la energía del amor y de la fraternidad, que en todos los ejércitos de Europa reunidos. Mas, ¿cómo hacer entender la verdad a un bárbaro, y a un bárbaro que se cree un semirío? Sin embargo, lo intenté. A mi manera, empleando los razonamientos que me sugirió la convicción, le di a entender que la misma fuerza material necesita fundarse en la moral, y que sin base de derecho y razón se derrumba toda soberbia. Y pasando a tratar de nuestro Dios, le afirmé que precisamente el haber sufrido y muerto como murió fue esplendorosa muestra de su ser divino. El sha, moviendo la cabeza, me contestó entonces esta atrocidad:

—“De esa misma manera que pereció tu Profeta, sucumbe todos los días alguno o muchos de mis vasallos. Y ni aun así conseguimos acabar con la perniciosa secta de los *babistas*, cuyas doctrinas se

asemejan a las de vuestros Evangelios.

“Le confieso—exclamó Miss Ada al llegar a este punto:—tan horrible declaración me trastornó, y estuve a punto de prorrumpir en invectivas contra el tirano. Me reprimí trabajosamente, y Nasaderino, de pronto, como si se hubiera olvidado del giro de la conversación, me anunció que al día siguiente se verificaría una representación teatral en los jardines de palacio, y que me convidaba a ella.

“Son estas funciones dramáticas espectáculo favorito de los persas, y todos los viajeros las describen: se celebran de noche, a la luz de los farolillos y linternas y de las hachas encendidas, y el telón de fondo lo da hecho la naturaleza: una cortina de árboles, un mazo de flores, una fuente, un ligero kiosko, constituyen la decoración. Habituada a asistir a tales funciones, me sorprendió sin embargo el aspecto del escenario y el golpe de vista del concurso. En primer término, sillones para el sha y los altos dignatarios; detrás, la servidumbre, la multitud de funcionarios y parásitos que pululan en el palacio infestando sus galerías, claustros, patios y salones. A la izquierda, una especie de tribuna o palco cerrado por rejas de madera dorada y pintada de colores—desde la cual presenciaban la función, ocultas a los ojos de todos, las esposas de Nasaderino.—Con extrañeza noté que no se había invitado a ningún diplomático; la única extranjera, yo. Mi sillón, colocado muy cerca, aunque un poco atrás, del soberano, era un puesto altamente honorífico.

“Al empezar la representación, desde las primeras escenas percibí un estrechamiento. Yo no podía entender el idioma en que se expresaban los actores, y que es una especie de dialecto persa muy literario y arcaico—el habla misma, bella y sonora que empleó el poeta Firdusi;—pero aun sin inteligencia de las palabras, me parecía darme

cuenta del sentido, y hasta creía que era familiar para mí, como algo que hubiese escuchado mil veces, y otras tantas llevado en mi corazón. Las escenas del drama me recordaban cosas íntimas, vistas por decirlo así al través de un vidrio turbio y roto que desfiguraba los objetos, alterando sus colores y rasgos sin ocultarlos enteramente. —Al final del primer acto (llamémoslo así; la transición consistía en extender un riquísimo paño por delante del escenario y dejarlo caer a los cinco minutos), y mientras nos presentaban amplias bandejas cargadas de golosinas, refrescos y sorbetes, de súbito vi claro: el asunto del drama no era sino la vida de Jesucristo, interpretada a estilo persa.

“Se apoderó de mí una tristeza involuntaria. Temía una profanación, una burla, cualquier desmár, que hiriese mis sentimientos y que hasta pudiese obligarme a faltar al respeto al monarca levantándome y retirándome. En voz baja le pregunté si creía que me sería posible permanecer allí; y él, con lenta inclinación de cabeza, me tranquilizó; después, volviéndose hacia mí, murmuró seriamente, con toda su oriental majestad: ”

—“No temas ofensa alguna para tu fe, ni para tu gran Profeta.

“En efecto, las páginas principales de la sagrada Vida iban desarrollándose más o menos ingenua y peregrinamente interpretadas, pero con profundo sentido de

veneración y de simpatía hacia el Salvador de los hombres. Jesús aparecía niño, jugando en el atrio del templo; después le veíamos predicar a las multitudes; presenciábamos la tentación en la Montaña, el diálogo con Eblis, genio del mal, y por último, en el tercer acto, penetrábamos de lleno en el drama de la Pasión, al ser preso Jesús en el Huerto, no sin que se trabase ruda y encarnizada batalla entre los discípulos y los sayones, que todos iban armados hasta los dientes, con kanjiars, puñales, pistolas inglesas y espingardas, y dispararon hasta agotar la pólvora, siendo esta parte de la función, gracioso anacronismo lo que más parecía entusiasmar al auditorio. Era in-



Una de las imágenes más famosas que sacan en procesión en Sevilla, en el día de Viernes Santo, es la que aparece en la fotografía y representa al Salvador con la cruz a cuestas. Esta imagen es conocida por los españoles como la de Jesús del Gran Poder. Nótese las artísticas decoraciones que enriquecen las andas.



“Nazarenos” sevillanos que, al igual que los manileses, van descalzos en estricto cumplimiento de sus votos.

dudable que el papel de traidores lo desempeñaban los enemigos de Jesús, lo cual se traslucía hasta en el modo de vestirse y de caracterizarse los actores, siniestros y feroces, antipáticos de veras.

“Al principiar el acto cuarto, que debía ser el último, el actor que desempeñaba el papel de Jesús apareció atado a una columna de jaspe, y empezó la escena de la flagelación, cosa que desde el primer instante me crispó los nervios. Supuse que se trataba de un juego escénico, pero así y todo salté en el asiento y me tapé los ojos con el pañuelo disimuladamente. Era el actor un hombre joven, como de unos veintiocho años, de noble tipo semítico; llevaba los negros cabellos crecidos y partidos en bucles, y en la escena de la tentación, dialogando con Eblis, había tenido acentos llenos de dignidad, de desdén y de dulzura, conmovedores hasta para los que no entendíamos los conceptos. Ahora, amarrado a la roja estela, con el torso desnudo y el rostro respirando un entusiasmo misterioso, una sed de sufrir, revelábase sin duda como un trágico genial—tánta era la verdad de su ficción, la expresiva fuerza de su actitud.—Por lo mismo no quería verle: me conmovía demasiado. El silbido de las cuerdas y de los látigos rasgó el aire, escuché cómo sonaban al herir la carne viva, hasta oí un sofocado gemido, gemido que semejava involuntario... Y la voz del sha, su acento de mando, grave y sin embargo cortés, me obligó a entender a pesar mío, diciéndome en inglés, con irónica entonación:

—“No te niegues a mirar. Lo que sucede ahí no es farsa, sino la realidad misma. Persuadete de lo fácil que es padecer resignadamente y hasta con gozo. El papel de tu Profeta lo está desempeñando un *babista* condenado a muerte... Ya le verás crucificar después.

“El grito que exhalé debió de ser

terrible; como que se detuvieron los verdugos, y Nasaredino me fulminó una ojeada severa, tétrica, imponente. Otra mujer se hubiese acobardado; pero una inglesa, en caso tal, saca de su orgullo de raza y de su cristianismo fuerza bastante para no arredrarse aunque se le viniera encima el mundo. No sé lo que dije al sha: primero creo que le anuncié una cruzada de las naciones civilizadas contra sus reinos y su poder, y le vaticiné venganzas humanas y cóleras del cielo; mas como el tirano permaneciese impasible y aun firme y aferrado a su crueldad, una inspiración me sugirió que la causa de Jesús ha de sostenerse por medio de la piedad y de las lágrimas, y arrojándome de súbito a los pies de Nasaredino, cogiendo sus manos llenas de anillos magníficos, las besé, las mojé con llanto, las sujeté, las apreté, hasta que una voz a mi parecer descendida del cielo murmuró casi en mis oídos:

—“Levántate, extranjera. Serás complacida. Te regalo la vida de ese perro.

“No sé lo que respondí. Debieron de ser extremos de júbilo tales, que el grave y pálido rostro del sha se iluminó con una fugitiva sonrisa, y su mano derecha, salpicada de mi lloro que resplandecía sobre


las sortijas de piedras, se extendió en imperativo además, comprendiéndome instantáneamente por los que torturaban al desdichado, ya cubierto de sangre. No era sólo la vida era la libertad lo que le otorgaba aquel gesto mudo, y en el exceso de mi alegría, echéme a llorar otra vez...”

Al llegar aquí guardó silencio la inglesa, y yo sólo acerté a preguntar: —¿Y qué fue del hombre a quien usted salvó?

—Ese hombre... baluceó miss Ada, dos años después... asesiné a Nasaredino... Sí, él mismo, el perdonado... Ya ve usted que no hay en el mundo sino una verdad, que es la verdad de Jesús... Para un cristiano, sería sagrado el hombre que supo perdonar, siquiera una vez. Y yo, desde entonces, particularmente estos días de Semana Santa, rezo siempre por el que me regaló una vida; imploro a Dios como imploré al rey absoluto, que al fin me escuchó y se ablandó... Tal vez sea una ilusión rezar por Nasaredino, pero ilusión que me consuela. —Y por el matorral ¿no reza usted?, interrogué cuando nos detuvimos ante el bello pórtico de la catedral.

—¡También debo hacerlo!, exclamó miss Ada después de vacilar un instante.

EMILIA PARDO BAZAN



CARRERAS DE BENEFICIO



DE LA

PHILIPPINE TUBERCULOSIS SOCIETY

EN EL

PHILIPPINE RACING CLUB

SANTA ANA

Domingo, 10 de Abril de 1949
20 CARRERAS, DESDE A LAS 8:00 A. M.

Los empleados de las Carreras deben presentarse antes
de las 7:00 a. m.